

Preguntas de Jesús

**“¿Qué quieres que haga por ti?”
(Lucas 18, 41)**

FERNANDO MONTES, S.J.

Esta pregunta se la hizo el Señor a un hombre que no podía ver. El ciego llevaba tiempo junto al camino de Jericó, hundido en sus tinieblas aguardando la luz. El desgraciado, al sentir el gentío, gritó pidiendo ayuda. Jesús detuvo su marcha y preguntó: “¿qué quieres que haga por ti?”.

Nunca en su vida ese hombre escuchó algo semejante. Ese pobre limosnero no podía imaginar que el Mesías le ofrecería a él su cercanía... que el Hijo de Dios estaría dispuesto a responder a sus anhelos... que sus oídos aguzados para sentir las brisas más sutiles iban a escuchar la voz del Verbo de la vida que le hablaba: “¿qué quieres que haga por ti?”

Con sencillez, ese hombre no pidió riquezas, prestigio, ni triunfos; no pidió la honra. Sólo pidió ver.

Sin embargo, detrás de esa palabra está la hondura de la fe. En el Evangelio “ver” es mucho más que mirar con los ojos; sólo ve de verdad el que es capaz de vislumbrar el misterio; el que descubre hacia dónde va su vida y endilga hacia allá sus pasos. En realidad sólo “ve”, quien en medio de sus trabajos y sus penas descubre a Jesucristo... el que no llega a eso aunque vea sigue ciego...

Esa misma pregunta de Jesús resuena hoy en el corazón de cada uno de nosotros porque el Evangelio sigue vivo. El Señor es cercano y se interesa por nuestras necesidades y nuestros anhelos: “¿Qué quieres que haga por ti?”

Es hora de preguntarnos qué queremos pedirle a Dios. Vale la pena reflexionar sobre nuestras peticiones al Señor porque eso manifiesta nuestras necesidades, nuestros valores y tal vez nuestros criterios más profundos. En los momentos de necesidad o de dolor nos volvemos a Dios para pedirle que venga en nuestra ayuda. Desgraciadamente, a menudo sólo se

pide dinero, salud o verse privados de un dolor... pero allí no está la llave que permita abrir la puerta de la felicidad y de la Vida.

Si el Señor nos preguntara qué esperamos de El, muchos no sabríamos responder... Sin embargo, curiosamente cada día, con nuestros trabajos y desvelos, consciente o inconscientemente estamos respondiendo a esa pregunta. En verdad... ¿qué andamos buscando en este mundo?

Si en el momento supremo de la vida se nos concediera hacer tan sólo una petición; si en ese momento el Señor me preguntara que quiero yo de El ¿qué me atrevería yo a pedirle? Tendría que ser algo definitivo, algo que orientara el rumbo de la marcha. No podría ser algo pasajero.

En un momento así, Salomón pidió sabiduría para gobernar a su pueblo.

Cuando Herodes, después de la danza seductora, ofreció a Salomé todo cuanto ella deseara, la joven se vio confundida. Entre sus veleidades, no sabía por qué decidirse, su vida era sin rumbo... y terminó pidiendo la cabeza de Juan Bautista. Ella perdió entonces su oportunidad.

No es fácil pedirle a Dios lo que en verdad necesitamos. Se trata de llegar hasta el fondo de nosotros, descubrir nuestro anhelo más hondo, escudriñar nuestro interior para encontrar tras de qué cosas andamos; qué constituye nuestra felicidad o qué fracasos nos causan las mayores penas. Ante esta pregunta de Jesús resulta indispensable interrogarnos con mucha honestidad: ¿Qué quiero yo en verdad? ¿Qué deseo para los seres que amo? ¿vale en verdad la pena lo que busco? ¿qué estoy dispuesto a recibir de Dios?

El ciego de Jericó hizo una petición que le agradó a Jesús: “Señor, que vea” (Lc. 18,41)... A ese hombre sencillo lo demás se le dio por añadidura. ■